

están de vacaciones, ayudan a sus padres en las faenas del campo o en las del mar. Cuando les quedan horas libres, el cura párroco los convoca en la iglesia para catequizarlos y organizar sus coros.

—Pero aun sin la asistencia de escolares, tengo entendido que hubo bastante público en la plaza, de lo contrario, ese discurso...

—La maestra improvisó su monserga a la manera de ciertos alcoholitos que desde el atrio de la iglesia lanzan diatribas ante un imaginario auditorio de fantasmas.

—Símil injusto con el que ufanamente sientas cátedra, pues dejas entrever que una persona en sus cabales sería incapaz de...

—Exacto.

Don Plácido se detiene frente a la cerca de su casa. Hay allí muchas flores y el aire está aromado, sobre todo, por el suave perfume de los jazmines. Respira hondo. Saca de nuevo su anticuado cronómetro. Lo abre y mira la hora como dando a entender que la entrevista ha terminado. Fin Lay, en tono falsamente patético, le dice:

—Lamento disgustarlo, porque sé que la estima, pero es inevitable que usted, en su carácter de médico, certifique, quiero decir, haga constar que la maestra Salerno, debido a su salud... Bueno, será preciso separarla del cargo. No veo otra solución.

—¿Estás loco?

—¿Yo o ella?

—Por ser recién llegado y ajeno a la isla, es lógico que andes ayuno de noticias. La maestra Salerno estuvo a punto de ser nombrada Directora, prerrogativa que ella de veras merecía, pues la venía ejerciendo **ad honorem** en espera de que la jubilaran como maestra, pero fuiste tan hábil que, valiéndote de influencias políticas...

—Un momento.

—Déjame continuar. Nada hay de malo. Tú mereciste el cargo e hicieron bien en concedértelo. La maestra Salerno ya había anunciado su decisión de retirarse. Está cansada y además, según ella me dijo, se creía inepta o, mejor dicho, incapacitada para regir la escuela debido a que ella

sufre de ligeros conflictos emocionales. Esa actitud a mí me basta como una buena prueba de cordura.

—Sin embargo, el discurso me pareció confuso e incoherente. Ninguna de sus frases era alusiva a don Francisco Pizarro. Más bien hizo el elogio de Felipe el Hermoso. Yo creía que...

—En esta isla todo ocurre con una lógica de magia. No te extrañes de nada aún por absurdo que pueda parecerte, pues a veces los hechos, sin dejar de ser reales, adquieren apariencias maravillosas. A ello se debe la exuberancia de misterios y de supersticiones. Creemos en fantasmas, en hechizos, en brujas, en tesoros ocultos, en prodigios marinos, en milagros y hasta en sueños premonitorios. Desde que nacen nuestros niños llevan al cuello escapularios contra el mal de ojo y otra raras creencias como la Tulivieja y la Silampa.

—Pretende invalidar mi pregunta, soslayándola; pero, doctor, dígame al menos si no me he equivocado al pensar que el monumento de la plaza se erigió a la memoria del gran conquistador del Perú.

—¿Qué duda cabe? Sin embargo, no ha de faltar quien te asegure que ésa es la estatua del Comendador.

—Será porque en el fondo simboliza la odiosa hegemonia del viejo imperio español colonialista. Pizarro era hombre de muchas encomiendas y además un tirano que comandaba a sangre y fuego. Tal vez lucía la Cruz de Calatrava.

—Quien hace alarde de ello es el Ñopo cada vez que se juma. Dice que por sus venas corre la sangre hispana de los conquistadores. Como es hombre de presa, se ha apoderado de casi todo Barlovento cuyos dueños, deudores arruinados, perdieron esa parte de la isla por casi una bicoca. Siempre se ha dicho que el Ñopo tiene el alma vendida al diablo, pues se hizo rico como por arte de birlibirloque o de abracadabra. ¿No te parece que ha de haber un intrínquilis? Averígüelo Vargas. Lo cierto es que las cosas suceden en la isla como a la inversa. Claro que las razones son de índole local. Corresponden a nuestra idiosincrasia farandulera y zurcidora de trápalas. El mar con sus mariscos y su yodo, nos enciende el cerebro, nos infunde mil fantasmagorías y, para colmo de males, el alcohol y el sexo son la mecha que da fuego a la pólvora. Con relación al monumento debo explicarte ciertas graves minucias que acaso ignores. Lo que sí sabes muy al pie de la letra es que en el meollo de todos los mojones de nuestra historia

siempre hay algo que huele mal. Cuando Marino Olaya se enfrascó en su campaña para que lo eligieran diputado, nos ofreció el oro y el moro: no sólo el acueducto y el alcantarillado sino también la luz eléctrica. Ganó con mil chicanas la curul, y al exigírsele el debido cumplimiento de su promesa, se volvió todo dengues y merengues. Para salir del paso, nos decía: Señores, si yo fuera Ministro de Fomento. Finalmente llegó hasta el Gabinete y ¿qué hay de nuevo?, le dijimos. Acorralado, ya no pudo escurrirse y anduvo dando manotazos de ahogado. Talavera, el cuñado, que es otro que bien baila, lo sacó del apuro con una solución que, más que simple argucia, era un diabólico ardid. Había en los sótanos de uno de nuestros ministerios una estatua lograda a cambio de no sé qué convenio cultural con España. La verdad de los hechos es que en la Madre Patria nadie veía con buenas ojos ese bronce de Felipe el Hermoso, semental extranjero de reino efímero. Por eso, al regalárnoslo, la hispanidad no hizo otra cosa que desembarazarse de un estorbo. La caja que contenía el real donativo reposó varios años entre un fárrago de trastos olvidados hasta que Talavera le aconsejó a Marino Olaya la idea genial de endosarnos el fiambre y hacérselo tragar asegurándonos que era la efigie de Francisco Pizarro. La esposa del avieso honorable fue la encargada de traernos el féretro, quiero decir, la caja. Desde entonces la llaman Juana la Loca. Tras ella vino el líder, con bombos y platillos, a colocar la primera piedra del pedestal. Su discurso en elogio de Pizarro nos pareció contradictorio, pues aun seguía sobre el cajón el membrete que había indicado el contenido del mismo con una frase categórica que decía: ESTATUA DE FELIPE EL HERMOSO. Haciendo caso omiso de tales nimiedades, ambos tunantes promovieron la famosa campaña del saco de cemento encaminada a recaudar donativos para erigir el pedestal. Con la enorme colecta de materiales y dinero logrados se habrían podido pavimentar las carreteras satisfactoriamente, pero lo cierto es que la jugosa zafra sirvió **pro mutuo beneficio**, pues los tiernos cuñados construyeron dos chalecitos a la orilla del mar aquí en la isla. Son dos casitas rojas muy pizpiretas en cuyos negros zócalos los escolares escriben palabrotas con tiza. Por tal motivo y en homenaje al adalid de la conquista peruana, todo mundo las llama **las pizarras**. Debido a la escasez de cemento, el pedestal quedó reducido a su mínima expresión. El prócer está a tan y poca altura, que los jóvenes, en noches de parranda, al orinar junto a él, hacen apuestas para ver quien le atina en la boca con el chisguete, vieja costumbre que ya es tradicional.

Fin Lay parece ensimismado.

—No se exalte, maestra. Si sigue empecinándose, tal vez me vea obligado a separarla del cargo. Debe usted comprenderme. No puedo estar de acuerdo con su disertación de esta mañana frente a la estatua de Pizarro. Recuerde que sigo siendo el director de la escuela.

—¿Se refiere a mi arenga ante la estatua de Felipe el Hermoso? Soy hija de español y a pesar de ello me he sentido obligada a ser sincera y a no enseñar mentiras con relación a eso que llaman la Madre Patria. Ya sé que usted y yo diferimos en ese punto debido a mis ideas sobre los buitres hispanos de la Conquista, invasores que todo lo que hicieron fue destruir nuestras culturas con el pretexto de difundir el Cristianismo. No obstante, continuamos honrándolos. Ciudades, avenidas, paseos, monedas y condecoraciones llevan el nombre del español Balboa cuyo mérito fue ser un asesino. Galardonó a su perro por degollar indígenas. Sería más adecuado que nuestros símbolos se llamaran Leoncico, pero ¿por qué exaltar glorias ajenas? Esa es misión de España. La nuestra debe circunscribirse a enaltecer la memoria de tantos héroes nativos que murieron luchando contra esos inhumanos depredadores. Bien sabemos que los mismos cimarrones hubo rebeldes dignos de gloria, negros de valentía insuperable como Bayano, Mozambique, Mandinga y muchos otros, sin olvidar al más genuino de todos, al más gallardo: nuestro amado Felipe.

—¿Felipillo?

—No. Me refiero al otro.

—¿Cuál Felipe, maestra?

—¿Cuál ha de ser? El único. ¡Felipe el Hermoso!

—¿Lo incluye entre los negros?

—Por supuesto.

Viendo a Fin Lay como en suspenso, don Placido le dice:

—Es natural que ciertas cosas de esta isla te parezcan absurdas. Ya te lo dije. Te habituarás a ello ¿Te queda alguna duda?

—Desde luego. La maestra Salerno sigue insitiendo en que hoy se cumple el décimo aniversario de la muerte de Felipe el Hermoso que, sin lugar a dudas, murió hace siglos, envenenado por su suegro Fernando el Católico supongo que ella ignora que Felipe el Hermoso era un Habsburgo, rubio y de sangre azul.

—La maestra no aludía en su discurso al archiduque de Austria, rey de Castilla, sino a un negro de esta isla, Juan Felipe Durgel, crucificado y muerto en nuestra iglesia de modo misterioso hace diez años a media noche un Viernes Santo. Tenía los ojos zarcos como su abuelo Gancho Hermoso cuyas hazañas lúbricas imitaba. Seductor de mujeres a las que por contraste prefería rubias, Felipe era rijoso, malgeniado y astuto. Fue un auténtico burlador de doncellas. Le decían **Pingamoza**, nombre que aquí le damos a una ortiga venosísima e irritante. Te advierto que en nuestra isla nadie se salva de que le cuelgen un apodo. Debes tener cuidado.

Fin Lay siguió el camino de la rampa. Quería bajar hasta la playa, pues le había parecido oír el sonido del fotuto con el que anuncian en la isla la venta de pescado y esperaba conseguir a buen precio alguna sierra o una buena corvina. Al descender los escalones de calicanto, vio que en la orilla de esa caleta, poco antes solitaria, había una rara aglomeración de curiosos que, en un principio, le hicieron abrigar la ilusión de que tal vez iba a lograr un bien apetecible trozo de mero.

De modo desalado, un muchachito venía subiendo la pendiente, nervioso. Fin Lay tuvo enseguida el presentimiento de que la pesca tenía trasuntos de tragedia. Logró atrapar al chico por un brazo.

—¿Qué es lo que ocurre?

—No me detenga. ¡Suélteme! Voy a llamar corriendo al doctor Ladera para ver si lo salva. Creo que se ha ahogado.

—¿Quién ?

—Juanito, el hijo de la maestra Salerno.

Varios hombres ascendían por la rampa. Beto Cárcamo portaba el cuerpo inanimado del niño. El nefasto mensajero impaciente logró zafarse de las manos de Lay y echó a correr hacia la vieja bodega de don Plácido. Algunos transeúntes se sumaron a la doliente caravana e indagaban las causas y detalles del accidente.

Mientras depositaban sobre una de las bancas a la inocente víctima del mar, se oyó una voz imperativa.

—Permítanme pasar —dijo, apartando a los curiosos, don Plácido. Examinó el desnudo cuerpecito yacente y le aplicó el estetoscopio, tratando

de auscultar cualquier leve latido del corazón. Tampoco el pulso en la muñeca daba indicios vitales.

Beto Cárcamo, que había servido en el ejército norteamericano, creyó oportuno declarar que él hizo lo imposible por volverlo a la vida aun con respiración de boca a boca, pero sin éxito.

—Quien lo sacó del fondo fue el Manchao —dijo, señalando a su lado a un musculoso y extraño adolescente. Era muy blanco pero tenía una mancha negra que casi le cubría medio rostro.

—Se había fugada de la iglesia —dijo éste—. Nos descuidamos por el apuro que teníamos de dejar listo el Santo Sepulcro para esta noche. Nadie iba a imaginarse que Juanito escaparía hacia la playa. En días como éste la gente no se baña en el mar. Es peligroso. Guiándome por las pistas que me dieron, bajé a buscarlo a la bahía. Un chiquillos se bañaban desnudos y estaban muy entretenidos tirando al aire una pelota. Ni se habían dado cuenta de que Juanito, poco experto e ingenuo, había querido nadar junto a ellos. Lo buceamos entre las olas arenosas. Cuando al fin di con él...

—Todo es inútil. Está muerto —dijo don Plácido, haciendo un gesto desapacible al erguirse.

—Ya es hora de tocar las matracas —dijo el Manchao, alejándose, preocupado y aprisa.

Don Plácido habría querido detenerlo pero el muchacho, en dos zancadas, se acercaba ya al atrio.

—La maestra Salerno tal vez siga en la iglesia —dijo sin convicción—. No deben darle allí la noticia. Será para ella un golpe inesperado y amargo. Puede afectarla seriamente. Hasta nueva orden, creo, preferible que el cadáver se le entregue al abuelo.

Llevando entre sus brazos al niño extinto, Beto Cárcamo se echó a andar calle abajo acompañado por algunos curiosos.

Mientras el resto dispersábase, se oían los más curiosos comentarios.

—Es pecado zambullirse en el mar el Viernes Santo.

—Pudo volverse peje.

—Las mujeres dizque se truecan en sirenas.

Los hombres, en tritones, pensó don Plácido. Proteo es el mar y es cambiante. Posee la magia de metamorfosearse.

—Menos mal que no había tiburones —comenté el Mogo Tin.

Don Plácido pensó: Lo mismo daba. Comido y digerido por ellos, también se hubiera transformado en pescado, materia pisciforme, substancia íctica, gélida. Recordó a su hijo Néstor luchando por salvarse, la aleta del escualo, el coletazo, la espuma enrojecida, los trallazos del mar. Mugientes olas, diáfanas, glaucosaladas, móviles.

Delfín le dio la mano al despedirse.

A lo lejos, se escuchó el grito lacerante de la maestra. (Ya le avisó algún hijo de su madre, ¿el Manchao?)

—Lo lamento, doctor.

Se bañaba desnudo en la charca de los gansos

Felipe descendía gorja abajo sofocado por la densa humareda sin esperanzas de sufragio ni de posible redención y habría caído en los infiernos si la Gracia Divina no le hubiese otorgado oportunamente el perdón de sus pecados. Cuando estaba en un tris de ser tragado por las llamas eternas lo salvaron a tiempo las campanas de la primera misa que, al llamar a los fieles hicieron el milagro de despertarlo. Semidormido, con el cuerpo afiebrado, estremecido por azogadas ráfagas de escalofríos y náuseas, deliraba soñando que un demonio sumido en sus arterias persistía en torturarlo. Liberado del incubo, acezante, con la respiración acelerada, le parecía seguir sintiendo en la nuca la garra de Mandinga y en el reseco paladar el azufrado aire mefítico que, a poco más, le hubiese producido la asfixia. Al fin, deshabilitado del todo, se dio perfecta cuenta de que lo que bullía en su sangre no eran sino los habituales diablos azules del alcohol; a causa de ellos su sed abrasadora lo obligó a percibir con inusual regocijo el refrescante rumor de la quebrada que corría a pocos metros de su casa. La cabeza le daba vueltas y le dolía terriblemente ¡Malditas desveladas y bonita la gracia de embolatarse a diario! Ya estaba harto de guaro y de parrandas insustanciales. Basta ya de güevadas, pensó. Tenía no recordaba qué carajal de noches de andar con sus amigos traguitarreando sin mencionar los meses y los años perdidos en la más puñetera haraganería. La chupitanga de la víspera había sido de las de padre y señor nuestro. Para colmo de males no hubo sancocho porque el Mogo se resistió a robarle las gallinas al chino alegando vaya usted a saber qué martingalas de los diez mandamientos y el disanto. Por lo menos pudimos atracarnos de salmón con cebolla, limón y ají chombo.

Sintió voces y risas de muchachas que iban de urgencia hacia la iglesia. ¿Quiénes serían? Ya caigo. Por el timbre y el tono juvenil se me antoja que

son las dos sobrinas de Beto Cárcamo. La mayorcita, Nina, confieso que está en punto de caramelo. No te metas en otro lío, Felipe.

Hartas vainas tenía ya con la esposa que en el sucio camastro, sumida en plúmbeo sueño, mostraba al aire y sin decoro su avanzada gravidez tumefacta. Sobre el hinchado vientre de Leila se posaban las moscas deslumbradas por un rayo de sol en el que un fino polvillo luminoso sublimaba la mugre: Te fregaron, Felipe, caíste en el garlito. Señor, en tu infinita misericordia, concédele una fiebre puerperal y acógela en tu seno para eterno descanso de su alma en pena. Reposa en paz, amada avispa.

Se vistió a la ligera, con las debidas precauciones para no despertarla. Celosa como está y enconada, me armaría un zipizape de la de Dios es Cristo. Recemos por el alma de la que en vida fue. Ante todo, salir de esta pocilga. Hiede a berrinche. Necesito respirar aire puro. Con cautela, cerró tras sí la puerta. La brisa húmeda y el canto de los pájaras (debe ser muy temprano) le despejaron las ideas plenamente. Regocijado, tras echar un vistazo sobre el verde follaje de los árboles, dio un salto jubiloso. Las palomas revolotearon asustadas. Se la pasan turrututeando y en pura cogedera. Sólo sirven para una mala sopa. Caldo de palominos para las grávidas, recomienda Faustina. La tinaja, bajo el añejo cobertizo de cañas, le reavivó la sed. Un trago de agua no me caería del todo mal porque la boca me sabe a guaro rancio. ¿Goma de níspero? Bebió con la totuma, ¿No tendrá gusarapos? Abombada. No la pudo tragar y echó sobre las piedras el buche. Mejor era bajar a la quebrada. Leila, con el pretexto de su embarazo, poco se cuida de la casa. Le vinieron unas ganas enormes de Sésamo, ábrete. Orinó al pie del mirto. Roció de arriba abajo, con vengativa complacencia, la sinuosa corteza del arbusto, palo cojudo, me jodí por tu culpa. Sécate pronto. Muérete.

Repiques de campana le refrescaron la memoria. ¿Será el último toque? No debes olvidarte. Se casa con Hipólito. El alegre tintineo de los bronces lo hicieron evocarse en garulilla con los otros chiquillos corriendo loma arriba por la falda del cerro a cortar pencas y traerlas a rastras con gran estruendo y polvareda hasta la iglesia. Debidamente desgajadas y limpias, las puntiagudas hojas debían cubrir el presbiterio para la ceremonia de la Misa Mayor de la que nadie salía sin ostentar las tradicionales palmas benditas que, clavadas en cruz junto a la cama o tras las puertas, eluden acechanzas del demonio y evitan toda clase de enfermedades. Por andar corrinchando esa vez casi lo pica una coral. Por fortuna Chancaca logró matarla al vuelo con su machete. Separada del tronco, la cabecita de la

víbora boqueaba enfurecida mordiendo el aire. Cuando se supo en casa la aventura, Betín se puso pálido, Dalila se echó a reír impávida y Cándida, que siempre fue nerviosa, estuvo a punto de sufrir un colapso de los que la atacaban con frecuencia.

Sí, hoy Domingo de Ramos se casa Cándida (¿no han pospuesto la boda?) aprovechando la ocasión de que el ministro Marino vendrá a la isla con motivo de la inauguración del monumento a Pizarro. Él y su esposa serán padrinos de la estatua y, acto seguido, del enlace. Nupcias de conveniencia desde luego según los dimes y diretes. ¿Qué otra cosa va a esperarse del Ñopo? El novio es un espléndido armador de balandras y, dicho sea de paso, también hace ataúdes, por si las moscas.

Tal vez tengan razón las tías de Cándida. «Ese Felipe siempre ha sido un mangajo, un nonosdejes, un holgazán.» Es cierto. No hice jamás estudios regulares. Más me agradaba deambular por el monte robando frutas o navegar alegre viento en popa. Hijo adoptivo de la sirvienta Chon Candela, yo sólo fui el negrito piadosamente recogido, criado en casa del Ñopo quien, por aquello de que la letra con sangre entra me santiguaba con tan asidua y evangélica religiosidad que siempre me hizo andar con cardenales. Los hijos de la señora Fina se entretenían conmigo y con la perra Pelusa en el traspatio. Aunque eran casi de mi coteja, sólo yo me exponía alcanzando marañones y mangos de las ramas más altas con peligro de descuajaringarme. Por fortuna yerba mala no muere según decía tía Chon que desde luego no hacía más que darme órdenes: Felipe, haz esto y lo otro, sé recatado, abróchate, no andes con eso al aire, pueden verte las niñas y a lo mejor se asustan, ocupa tu lugar, no seas intruso, ven a pelar las papas, muele en el almirez este par de ajos con achiote, pimienta y una miajita de culantro.

A veces, sofocado, me bañaba desnudo en la charca de los gansos y por maldad solía mostrarle a **las nenas** mi gran bimbín erecto blandiéndolo reído como un estoque listo para el ataque. Cándida se tapaba los ojos con ambas manos y huía aterrada; Dalila se complacía mirándome y acaso imaginaba mil futuras delicias; Betín, niño engreído, corría a acusarme. De repente el gallego salía con el zurriago. ¡Suápata! ¡Suápata!

—¡Te largas de mi casa!

Joven, bonita y zalamera, mi tía Chon se insinuaba con su mejor sonrisa:

—Si él se va, yo también.